

Madrid, 3 de marzo.



1914

MIGUEL DE UNAMUNO.

SEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL 8-183

SUMARIO

La crisis del monarquismo, por Miguel de Unamuno.—Las responsabilidades administrativas y el Gobierno (editorial).—En la cuenca del Ruhr, por César Falcón.—Un humorista inglés, por B. Sanin Cano.—Escenas de la guerra en Marruecos, por Ramón Armada.—Los caminos del mar, por Luis G. Santa Marina.—Los partidos políticos en Portugal, por Costa Lima.—La vida literaria, por E. Díez-Canedo.—Valle Inclán, la anécdota y la fantasía, por M. Fernández Almagro.—Pesimismo, por Antonio Espina.—Panorama grotesco.—Momentos, por Max Aub.—Libros.

LA CRISIS DEL MONARQUISMO

En el número de *La Nación* de Buenos Aires correspondiente al 14 de enero de este año apareció un breve y sustancioso ensayo de Guillermo Ferrero—tan conocido—sobre «La última crisis del sistemático monárquico en Europa». A los que olvidando que la política, como en lo demás, la forma es sustancia, andan aun con lo de la accidentalidad de las formas de gobierno, podrá interesarles lo que el eminente historiador italiano dice, a propósito del fajismo, de la crisis del régimen monárquico en Europa.

Dice Ferrero:

«Todas las monarquías de la Europa occidental, hasta Rusia, habían aceptado, en 1914, más o menos sinceramente las instituciones parlamentarias. Pero en ninguna—hablo de la Europa Continental, Gran Bretaña está, pues, excluida de mis consideraciones—, el Parlamento podía ser considerado como un órgano «de dirección» del Estado. Servía de desahogo a la opinión pública y de tribuna a los partidos más o menos activos e influyentes; colaboraba en el Gobierno y los contraloreaba, a menudo en apariencia más que en realidad; pero la fuerza directiva del Estado, en los grandes negocios exteriores e interiores, residía en la Corte y en un pequeño grupo de parlamentarios y de altos funcionarios estrechamente ligados a la Corte, que servían de intermediarios entre el soberano y el Parlamento, entre el soberano y la burocracia.

La autoridad de la Corona era más evidente y más fuerte en Alemania y en Austria, por ejemplo, que en Italia; pero el sistema era por doquiera el mismo. Aun en Italia, donde sin embargo el sistema se asemejaba más, exteriormente, al parlamentarismo inglés, los ministerios no eran

de un régimen monárquico que le agobia y le consume, pero no sabe querer otra cosa. Ni encuentra cómo representar sus oscuras ansias, sus instintos, sus deseos, que no son todavía voluntad. La voluntad de un pueblo es política siempre y toma forma política, conciencia; los deseos son apolíticos. Y nada apolítico se realiza mientras no tome forma política. El apoliticismo es inconciencia o... picardía.

jamás organizados por el Parlamento sino aparentemente. El Parlamento otorgaba su asentimiento, pero la elección entre los hombres y las orientaciones políticas era hecha por la Corte, aun cuando ésta, al elegir, debía tener en cuenta el humor del Parlamento, y tratar de no afrontarlo demasiado directamente.

Pero he aquí que sobreviene el gran terremoto. Los Romanoff caen, caen los Habsburgo, los Hohenzollern y las otras dinastías alemanas. El sueño del 48 se convierte en realidad. En Moscú, en Berlín, en Dresde, en Viena, se proclama la República. ¿Pero, qué es la República sino el Gobierno del pueblo, o sea del sufragio universal? Con la caída de la monarquía, la dirección del Estado debía haber pasado en todas partes a los Parlamentos, órganos del sufragio universal, por medio del cual se manifiesta la voluntad soberana del pueblo».

Esto aquí ni necesita aclaración. La Corona hace los Gobiernos—y los deshace—y estos hacen las Cortes. Y aun aparte de los senadores y diputados que podríamos llamar palatinos o del partido personal del monarca—a quien se le puede considerar como jefe o caudillo de un partido político—los Gobiernos llevan siempre una mayoría que no representa la opinión pública. Si es que la hay...

Un político que aspira a jefe de un partido no busca la jefatura dirigiéndose al pueblo entre otras cosas porque los partidos políticos no son aquí cosa del pueblo, ni cuentan con masas. Acaso el maurismo intentó algo de eso. Un político que aspira a jefe de un partido busca que la Corona le dé el decreto de disolución.

Los partidos los hace—y los deshace—la Corona. Y no hay modo de conocer la voluntad nacional. Si es que la hay...

Prosigue Ferrero:

«Al mismo tiempo la caída de las grandes dinastías de la Europa central y septentrional debilitaba las pocas dinastías supervivientes y en modo particular la de Italia. Ahora que los dos tercios de Europa—y hasta Rusia y Alemania—se han colocado el gorro frigio, ningún pueblo cree más que la monarquía sea una forma de Gobierno necesaria y eterna: debilidad ya incurable, que hace precaria la vida de las dinastías que no han caído. Agregad a esto el aislamiento. Hay todavía en Europa monarquías perdidas en medio de repúblicas rojas; no existe más que un sistema monárquico. Por ello hasta en los países que han continuado siendo monárquicos la autoridad de la Corte, que había sido hasta 1914 la mayor fuerza directiva del Estado, se ha debilitado. Aun en estos países la parte del poder directivo que la Corona no puede ejercitar ya, habría debido pasar al Parlamento, órgano de la soberanía popular.

Si no fuera que una asamblea que ha ejercido siempre poderes de contralor subordinados no puede volverse, de un día para otro, capaz de dirigir el Estado. Fáltanle los hombres, las normas, las tradiciones. En esto reside, precisamente, la profunda crisis de los países monárquicos de Europa. En los países en que, como Alemania, la monarquía ha caído, y en aquellos en que ha sido debilitada, como en Italia, los parlamentos se han mostrado hasta ahora poco capaces de substituir en la dirección del Estado a la Corte desaparecida o cuya autoridad es hoy menor que antaño. Han hecho ministerios, crisis, discusiones, escándalos, pero no Gobiernos. Si el antiguo Poder dirigente ha desaparecido o es menos activo, el nuevo es aún demasiado débil para substituirlo, de lo que resulta que los países quedan librados a sí mismos, casi sin Gobierno, como si estuvieran suspendidos en el vacío. Esta es la trágica situación de Alemania, y esta también, si bien en proporciones felizmente más reducidas, la situación actual de Italia.»

Ni aquí el Parlamento ha sabido hacer Gobiernos. Los más débiles, los más infecundos, los menos nacionales son esos a que se suele llamar nacionales, esos desdichados Gobiernos heterogéneos y de concentración. Cuyo oficio no suele ser salvar a la nación de peligro alguno sino salvar a la monarquía. Como aquel Gabinete a que se le llamó «el de las lágrimas». O el de la encerrona.

Los pueblos—no el pueblo—saben que el Gobierno, cualquier Gobierno, llevará mayoría a las Cortes y como los pueblos, pordioseros de espíritu—la mendicidad es aquí lo de veras tradicional y arraigado—lo que buscan es favores, justos o injustos, del poder central, o no votan o votan al que el Gobierno les manda votar. Hay en los distritos el turno de los partidos. Y no hay modo de hacer opinión política popular. ¿Para qué?

Lo del dinero es un accidente. Hasta el que sale por su dinero no saldría si el Gobierno no le dejase comprar los votos.

Dice luego Ferrero, después de haber hablado del fajismo:

«La catástrofe del sistema monárquico, iniciada en

1917 con la revolución rusa y continuada en 1918 con las revoluciones austriaca y alemana, es un acontecimiento que la opinión mundial ha tomado hasta ahora con excesiva ligereza. Se trata, en verdad, de una revolución formidable, que conmueve a dos tercios de Europa y que dejará tras de sí una larga estela de complejas crisis políticas, llenas de sorpresa para todos. El fascismo no es más que la primera de estas sorpresas. Los países que tienen la fortuna de vivir bajo el régimen republicano desde hace varias generaciones, deben darse cuenta de ello; y pueden hacerlo fácilmente, si recuerdan las dificultades que debieron vencer, a su vez, en el pasado, para dar vida a una república basada en el sufragio universal.»

Esto es clarísimo. Como el Parlamento entre nosotros no hace los Gobiernos, como el Parlamento si se opusiera a la voluntad—o aun al capricho—de la Corona sería disuelto y la Corona haría un Gobierno que le llevase a las Cortes una dócil mayoría no puede llegar a formarse conciencia ni voluntad políticas en el pueblo. Ni hay farsa más hipócrita y abyecta que esa de lo que se llama la oposición de Su Majestad. En cuanto se convierta en oposición a Su Majestad está pérdida.

Decía nuestro Castelar en el Congreso de los Diputados del Reino el día 15 de noviembre de 1878—presidiendo el Gobierno Cánovas del Castillo—estas palabras: «¿Qué es necesario, pues, señores? Es necesario una política liberal, liberal, liberalísima; cada día más liberal. Esa política liberal debe crear no sólo la conciencia, sino la voluntad nacional.»

La voluntad y la conciencia son una y misma cosa. El que no tiene conciencia no tiene voluntad y el que no tiene voluntad no tiene conciencia. Para conocerse hay que querer conocerse. Y así en el pueblo. Y la política liberal crea conciencia y voluntad nacionales porque crea nación.

Se quejan los políticos, sobre todo los que por excelencia se dicen a sí mismos liberales, de que no hay opinión pública. Y cuando llegan al poder, como ahora, y se preparan a consultar a esa opinión, o sea a hacer elecciones, lo que menos aplican son métodos liberales.

Aquí, en España, mientras subsista la monarquía, no se podrá saber qué opinión política tiene el pueblo, ni si la tiene. La monarquía es el obstáculo para que se forme conciencia, esto es, voluntad nacional. Aunque esa voluntad hubiera de ser—que no lo tememos—monárquica.

«En política el pueblo español ¿es monárquico o republicano?»—nos preguntaba un extranjero—. Y le contestamos: «el pueblo español en política no es». Y no es porque el sistema de hacer la Corona los Gobiernos y éstos las Cortes—es decir, la Corona las Cortes—no le deja ser.

«¡Vaya un pueblo que no sabe hacerse voluntad propia aun en contra de los que le gobiernan!»—se dirá—. Mas de esto hemos de hablar. El pueblo tiene germen de voluntad, pero ese germen brota y se desarrolla merced a gracia que le viene de fuera.

Actualmente el pueblo español está sufriendo el peso